



ELISABETH.

Hunde hoc mihi ut veniat mater Domini mei
ad me?

(Luc. I. 43.)

UNA voz hay que clama en el Desierto: Preparad las vias del Señor: haced rectos los senderos de nuestro Dios. Todo valle será llenado hasta el colmo, y toda montaña, toda colina será rebajada. Las vías tortuosas serán rectificadas y las escabrosas serán allanadas. La gloria del Señor se manifestará, toda carne verá con sus propios ojos el cumplimiento de las promesas divinas..... Yo envíe mi mensajero que preparará el camino delante de mí, y desde luego vendrá en su templo el Señor que vosotros esperais, y el ángel de la alianza tanto de vosotros suspirado."

En estos términos fué anunciado muchos siglos ántes de nacer el precursor del Mesías, el que debia dar testimonio de la luz, y señalarla con el dedo á las miradas de los hombres. Porque, cuando esta luz que habia siempre estado en el mundo sin ser conocida,



Arango.

Llano y C.^o

ELISABETH.

quise en fin mostrarse en él cubierta de un cuerpo humano como de una sombra y de una nube para hacerse mas accesible á nuestra débil vista, envió delante de sí una estrella encargada de anunciar al sol, y de preparar los ojos para sufrir sus resplandores. Y esta estrella de suave luminoso calor, pero tan poderosa por los rayos que despedía, que el viento de la opinion pública no pudo nunca hacerla vacilar, se levantó por fin sobre la tierra, y pasó por ella en medio de prodigios. Tal era Juan, hijo de Zacarías.

En tiempo de Heródes, rey de Judea, habia un sacerdote llamado Zacarías, perteneciente á la rama primogénita de la familia de Aaron, pero simple sacrificador, y no investido de las funciones supremas del pontificado. Tenia éste por mujer á Elisabeth, la cual por parte de su padre era tambien del linage de Aaron, y por la de su madre de la raza de David, y parienta de consiguiente de la Santísima Virgen. Los dos eran justos y santos delante de Dios, dice el Evangelio, y observaban de una manera irreprochable todas las obligaciones de la religion y de la ley. Mas no tenian hijos, ni se hallaban ya en la edad de tenerlos; fuera de que Elisabeth era estéril por naturaleza.

Cierto dia el sacrificador Zacarías estaba llenando en el templo las funciones de su ministerio. Sabido es que David habia repartido los sacerdotes en veinte y cuatro clases, para servir delante de Dios, cada una por su turno, durante una semana. Como cada clase contenia un gran número de familias, á fin de evitar el desórden, y tal vez las contestaciones, al principio de cada semana se sacaba por suerte el sacerdote que habia de entrar á servir, para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la tarde en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la Providencia que la semana en que tocó á la familia de Abias, tocase la suerte á Zacarías. El ministerio que habia tocado en suerte desempeñar á éste, era el de quemar los perfumes sobre el altar dos veces al dia: por la tarde ó víspera, cuando se encendian las lámparas del gran candelabro de oro, y por la mañana siguiente cuando se apagaban. En estos dos momentos era cuando el pueblo

quise en fin mostrarse en él cubierta de un cuerpo humano como de una sombra y de una nube para hacerse mas accesible á nuestra débil vista, envió delante de sí una estrella encargada de anunciar al sol, y de preparar los ojos para sufrir sus resplandores. Y esta estrella de suave luminoso calor, pero tan poderosa por los rayos que despedía, que el viento de la opinion pública no pudo nunca hacerla vacilar, se levantó por fin sobre la tierra, y pasó por ella en medio de prodigios. Tal era Juan, hijo de Zacarías.

En tiempo de Heródes, rey de Judea, habia un sacerdote llamado Zacarías, perteneciente á la rama primogénita de la familia de Aaron, pero simple sacrificador, y no investido de las funciones supremas del pontificado. Tenia éste por mujer á Elisabeth, la cual por parte de su padre era tambien del linage de Aaron, y por la de su madre de la raza de David, y parienta de consiguiente de la Santísima Virgen. Los dos eran justos y santos delante de Dios, dice el Evangelio, y observaban de una manera irreprochable todas las obligaciones de la religion y de la ley. Mas no tenian hijos, ni se hallaban ya en la edad de tenerlos; fuera de que Elisabeth era estéril por naturaleza.

Cierto dia el sacrificador Zacarías estaba llenando en el templo las funciones de su ministerio. Sabido es que David habia repartido los sacerdotes en veinte y cuatro clases, para servir delante de Dios, cada una por su turno, durante una semana. Como cada clase contenia un gran número de familias, á fin de evitar el desórden, y tal vez las contestaciones, al principio de cada semana se sacaba por suerte el sacerdote que habia de entrar á servir, para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la tarde en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la Providencia que la semana en que tocó á la familia de Abias, tocase la suerte á Zacarías. El ministerio que habia tocado en suerte desempeñar á éste, era el de quemar los perfumes sobre el altar dos veces al dia: por la tarde ó víspera, cuando se encendian las lámparas del gran candelabro de oro, y por la mañana siguiente cuando se apagaban. En estos dos momentos era cuando el pueblo

venia á orar en el templo; pero éste se quedaba en un recinto exterior y fuera del santuario, en donde solo el sacerdote tenia derecho de penetrar. Entró, pues, á la hora acostumbrada á aquella parte privilegiada para el sacerdocio, como si dijésemos en el presbiterio de nuestras iglesias, quedándose lo restante del pueblo en el vestíbulo. En aquel dia habia acudido mayor concurso del pueblo que de ordinario, lo cual dá indicios para creer que fuese un sábadó por la noche. Mientras, pues, Zacarías estaba ofreciendo el sacrificio de los perfumes, se le apareció visiblemente el ángel del Señor, en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar.

Llenóse de un religioso temor el santo sacerdote á esta vision celeste; pero el ángel le confortó diciendo: “No temas mi presencia, pues ántes ha de darte gozo que turbacion; tu súplica ha sido oida benignamente por Dios. Y para que no pongas en ello la menor duda, vengo á decirte de su parte, que tu esposa Elisabeth, á pesar de sus años y de su esterilidad, concebirá y dará á luz un hijo, al cual pondrás el nombre de Juan, que llenará de consuelo toda la casa de Israel. Su nacimiento te colmará de alegría á tí y á todo el mundo, pues ha de ser grande á la presencia del Señor. Se abstendrá de beber licor alguno de los que pueden embriagar, y quedará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Convertirá un gran número de los hijos de Israel al Señor su Dios, delante del cual marchará él, revestido de la virtud y del espíritu de Elías, de manera que reunirá los corazones de los padres con los de los hijos, y conducirá los incrédulos á la prudencia de los justos, y preparará al Señor un pueblo perfecto.” No podia dudar Zacarías que era ángel del Señor el que le hablaba, con todo, vaciló su corazon en dar ascenso á las palabras que le anunciaban tan grandiosos acontecimientos. Expresó, pues, su duda en estos términos: “¿Cómo podré yo certificar me de esto? Porque ya yo soy cargado de años, y mi mujer de edad avanzada.” Y repuso el ángel: “Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios, el cual me ha enviado para hablarte, y

anunciarte esta nueva feliz. Y desde ahora quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el dia en que tenga su cumplimiento lo que te acabo de anunciar, por cuanto no has creído en mis palabras, que se cumplirán infaliblemente.” Este castigo fué realmente infligido á Zacarías, á fin de hacer el nacimiento de su hijo mas claramente maravilloso, y tambien porque Dios borra ya desde este mundo, por medio de saludables castigos, las faltas de sus mas queridos servidores. Porque así como es muy puesto en razon el no creer sin motivo, era tambien muy justo el mirar el hecho mismo de la aparicion como un título auténtico ó credencial que el celeste enviado presentaba á la creencia de todo oyente sincero.

Entre tanto la multitud estaba orando fuera del recinto en que esto pasaba, y en el pavimento que le estaba reservado, aguardando que el sacerdote saliese á dar su bendicion al pueblo, segun costumbre, y empezaba ya á extrañar que tardase tanto el sacrificador en ofrecer el sacrificio. Pero cuando al parecer delante del pueblo, no pudo éste alcanzar de él ninguna explicacion, y advirtió que estaba mudo y no podia expresarse sino por señas, añadido esto al espanto y turbacion que se notaba en su semblante, no dudaron todos de que habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró al pueblo de su habitacion, que estaba situado en el pais de las montañas de la Judea. Algunos colocan este pueblo junto á Emaüs: muchos otros están en la creencia que Zacarías habitaba en Hebron; y por fin algunos ponen el nacimiento de San Juan en Macheronte, villa y fortaleza edificada por Heródes el Grande, mas allá del Jordan, pero en la parte que pertenece al pais de la Judea.

Algun tiempo despues conoció Elisabeth con certeza que tendria un hijo, y desde entónces vivió en el retiro. “Hé aquí, decia ella para consigo, que Dios me ha hecho un singular favor, fijando los ojos en mí para librarme del oprobio que me cubria delante de los hombres.” Seis meses habia que alimentaba en secreto estas esperanzas como si se avergonzara de divulgarlas, á causa de su edad ya adelantada; cuando en otro pueblo del mismo pais

nacieron esperanzas mucho mas altas aún y mas asombrosas. El cielo acababa de inclinarse hácia la tierra: nubes fecundas habian ya hecho descender al Justo: en un tallo escapado de la corrupcion original florecia la salud de la humanidad: Dios tomaba el vestido de nuestra carne. Una jóven vírgen de Nazareth, llamada María, cambiaba la faz del mundo, respondiendo á la embajada del Eterno por aquellas palabras de fé y humildad: "Yo soy la esclava del Señor," y la embajada le anunciaba, en prueba de su mision, que la vejez de Elisabeth iba contra toda apariencia á regocijarse en la gloria de una tardía y milagrosa maternidad.

María, luego que supo los goces prometidos á su parienta Elisabeth, fuése al pais de las montañas, en la ciudad de Judá, en donde vivia su prima, debiendo ser el viaje de treinta leguas á lo ménos, cualquiera que fuese de los tres arriba citados, el pueblo en que se coloque la habitacion de Zacarías. A la llegada y al saludo de María, Elisabeth sintió saltar á su hijo en su seno, y llena su alma del espíritu de Dios, exclamó: "Eres bendita entre todas las mujeres, y el fruto de tu vientre es bendito." Y preguntó admirada de dónde le venia tanta felicidad de que viniese á ella la Madre de Dios. "Porque luego que tu voz ha sonado en mis oidos, añadió, al saludarme, mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas, y tú eres dichosa por haber creído, pues lo que se te ha anunciado de parte del Señor será cumplido." María entónces, inspirada por aquel que es la inteligencia infinita y el Verbo eterno, pronunció un himno profético, que las naciones cristianas repiten todos los dias despues de diez y nueve siglos, y que puede llamarse el éxtasis magnífico de la humildad. ¡Qué misterio el de la entrevista de estas dos débiles mujeres, representando la reconciliacion del cielo con la tierra, de Dios que se abaja y viene á sufrir, con la humanidad que se purifica y ennoblece, inaugurando así en el mundo el pensamiento fundamental de la civilizacion cristiana, y trazando en la historia un sulco luminoso y profundo, por el cual marcharán los siglos para siempre; mas, cuando en aquel mismo instante, la obra mas grande que habian

creado los hombres, el imperio romano, apoyándose sobre ochocientos años de victorias, teniendo en su mano el universo vencido y sujeto, y cerrando con solemnidad su templo de la Paz, no pudo hacer otra cosa que dejarse morir!

Tres meses, dice Orsini en su *Historia de la Madre de Dios*, permaneció la Vírgen en el pais de los heteos; y pasó esta temporada á poca distancia de Ain, en el centro de un sombrío y fértil valle, donde radicaba la casa de campo de Zacarías. Entónces la hija de David, profetiza tambien y dotada de un génio igual al del ilustre gefe de su familia, pudo contemplar despacio el cielo estrellado, los sonoros bosques, y la vasta mar cuyas olas agitadas ó en calma resonaban en las playas de la Siria. A la vista de aquella naturaleza tan perfecta en sus pormenores, y tan hábilmente armonizada en su conjunto, que es todo maravillas desde el tejido de la flor y el ala del insecto hasta los mundos errantes que en el espacio brillan disipando el horror de las noches, la Vírgen tal vez expresó con lágrimas el profundo asombro que la inspiraban las magníficas obras del Criador.

¡Cuán grande es, decíase á sí misma la hija de los profetas, cuán grande el que manda á la estrella matutina, el que designa á la aurora el punto de su nacimiento, el que domina al trueno y ante quien se humillan los rayos! ¡Cuán grande es! Pero su bondad iguala á su poder. Él es el que ha dotado al hombre de inteligencia, y de instinto á los brutos; él provee las necesidades incesantes de todas sus criaturas; él calienta en la arena el huevo del avestruz: él prepara su alimento al cuervo cuando sus pollucos claman al cielo, y vagan hambrientos por el campo. Y á imitacion del salmista, la Vírgen invita á toda la naturaleza á bendecir con ella á su Hacedor.

En sus travesías por los montes, la que mereció á piadosos autores el dulce título de *margarita terrestre*, gozábbase contemplando las sencillas flores del campo á que la comparara Salomon en su cántico misterioso. Cierta dia, segun una tradicion consignada por los doctores de la Persia, la gloriosa María tocó

una flor á que llaman los árabes *arthemisa*; y desde luego el contacto de su mano virginal comunicó á la planta un suave perfume que aun conserva. La tradicion de los cristianos orientales designa tambien cierta fuente á donde solia encaminarse la Madre de Jesus complaciéndose en su murmullo y en la vista de sus aguas. Esta fuente, llamada *Nephtoa* en tiempo de Josué, lleva hoy el nombre de María.

Detrás de la elegante quinta del pontífice hebreo extendíase uno de los jardines que los persas llaman paraísos, cuyos diseños trajeron los cautivos de Israel del pueblo de Ciro y Semíramis. Allí se veían los mas hermosos árboles de la Palestina, á cuyas sombras daban un indecible encanto las matas de flores esparcidas al acaso en los claros, y el suave perfume de los naranjos, y las aguas que bajo las ramas pendientes de los sauces se deslizaban. Allí, por los tiernos cuidados de María, Elisabeth olvidaba tal vez los que excitaba en ella un acontecimiento cuya esperanza la colmaba de júbilo, pero que podia ser fatal en su avanzada edad.

¡Cuán religiosos debían ser los coloquios de estas santas mujeres! Joven la una, sencilla é ignorante del mal, como Eva al salir de las manos del Señor, anciana la otra y enriquecida con una larga experiencia del mundo; ambas profundamente piadosas y objeto de las complacencias de Jehová; la una llevaba en su seno, por tantos años estéril, un hijo que habia de ser *profeta y mas que profeta*, y la otra al gérmen bendecido del Altísimo, al gefe y libertador de Israel.

En las hermosas noches del estío, cuando la luna alumbraba las enramadas, servíase á la sombra de una copuda higuera ó bajo las verdes hojas de una crecida vid, la cena de la opulenta familia; corderos nutridos con la aromática yerba de los montes, trozos de cabrito, peces escojidos por pescadores sidonios, panales de miel silvestres sacados del hueco de añejas encinas, y colocados en canastillos de palma diestramente tejidos, dátiles de Jericó que hasta en la mesa de César figuraban, albaricoques de Armenia, alfonsigos de Alepo, y sandías de Egipto; hé aquí los manjares de

que solia componerse. El vino de los ribazos en Engadi, guardado en cubas de piedra por el mayordomo del príncipe de los sacerdotes, circulaba en ricas copas, surtidas por sirvientes de agradable presencia. La Virgen, frugal en la abundancia como en la medianía, contentábase con algunas frutas, escasa cantidad de lactinios y una copa de agua de la fuente de *Nephtoa*. No era una virtud de posicion su templanza; era un hábito de eleccion.

Para realzar la humildad de María, á la verdad bien constante, han pretendido algunos, que ejercía en casa de Elisabeth las funciones de sirvienta y poco ménos que de esclava.

Esta es una inconsecuencia chocante. Jamás hubiera permitido Elisabeth, que se abatiese hasta tal punto en su presencia una mujer, á quien proclamara ella misma *Madre de su Señor*, sublimándola en gran manera sobre todas las hijas de Sion. Ni debia escasear de esclavos y sirvientes la santa esposa de Zacarías; reconocido está por cristianos, árabes y judíos, que esta familia era muy distinguida, como que el ilustre nacimiento de San Juan Bautista deslució de algun modo el de Jesucristo, procedente de padres harto ménos notables y que vivían en la pobreza, como la gente comun.

Nada habia, pues, de penoso ni de servil en los cuidados que á Isabel prodigaba la amable y dulcísima Virgen; eran las atenciones oficiosas y delicadas que hubiera tributado á su madre si se la conservase el cielo; y sin duda con frecuencia creia ver nuevamente á los autores de sus dias en aquellos esposos venerables, cariñosos y fieles, que la amaban como á una hija, y que desde la primera entrevista en que de un modo tan admirable se revelaran sus grandezas, le manifestaban un sentimiento de admiracion mezclada de respeto que María se esforzaba en combatir con humildad, pero que no alcanzaba á desvanecer.

Fácil es comprender, dicen los padres, cuántas bendiciones atrajo la visita de la Virgen sobre la familia sacerdotal, que tan tiernamente la acogiera. Si el Señor bendijo á Obededom y á cuanto le pertenecía, hasta el extremo de ser envidiado de un rey